

EDUCACIÓN INTEGRAL HUMANA Y ENSEÑANZA PROFESIONAL

El problema de la formación profesional, referido, según el espíritu que anima a esta Convención, a la enseñanza técnica, no puede diferir en lo esencial del problema de la formación profesional en general. Presidido por los mismos principios fundamentales, presenta, sin embargo, aspectos específicos, condicionados por la exigencia imperiosa de que en las profesiones de inspiración tecnológica se cumplan las finalidades de la verdadera formación profesional, atendiendo a las dificultades y venciendo los obstáculos, levantados, precisamente con respecto a ellas, por este momento de la historia de nuestra cultura.

Pertenece, en efecto, al orden de nuestras evidencias que vivimos el gran momento de la ciencia y la tecnología. Nuestra evidencia se ilustra no tanto por la riqueza sorprendente de las aportaciones de éstas, cuanto por su papel preponderante como agentes activos de la mutación sin precedente que vivimos en nuestros días, de la problemática radical a que se enfrenta nuestra época. En estos sesenta años de nuestro siglo, pero, sobre todo, en los dos últimos decenios, culmina la parábola que había venido señalando el rumbo de nuestra civilización desde la declinación de la Edad Media.

No es posible explicitar en los límites de esta ponencia las consecuencias concretas que para nuestra cultura y para la propia ciencia ha tenido el desarrollo científico y tecnológico del mundo contemporáneo. Hay, sin embargo, un aspecto, que nos es preciso considerar con la máxima atención.

La asociación ciencia-tecnología ha llevado entrañado desde siempre el ideal del progreso material, las aspiraciones a un ascenso en el nivel social, a una vida más cómoda y confortable, a convertir el mundo en una morada más digna del hombre. Este ideal se hace explícito desde el Positivismo, vinculándose entonces esencialmente a la marcha y estructura de la vida social y a la problemática propia de este dominio. Pero, el positivismo trajo algo más consigo: una actitud espiritual que, al trastocar la naturaleza y los fines del conocimiento, hizo de la ciencia viviente una panacea, considerando al saber religioso y al pensamiento metafísico como ilusiones transitorias. Se daba, así, el paso que llevaría –más allá de las pugnas por la primacía en el orden del saber- a la fragmentación del orden

espiritual mismo y a la negación de toda relación jerárquica entre las distintas actividades del espíritu.

Pues bien, esa actitud espiritual y esa partición dolorosa, a pesar de las superaciones doctrinales, de un modo o de otro, se manifiesta en nuestros días. El dominio de los hechos suscitados por nuestras propias actitudes no ha sido fácil, menos aún, cuando en la progresión de los resultados, la fragmentación del saber, obsesivo por la profundización en el conocimiento de lo real, muerde dramáticamente la unidad del mismo dominio absoluto y cerrado de la ciencia y cuando el alcance de los progresos tecnológicos, lejos de engendrar en nosotros, como en el pasado, la seguridad en el porvenir del bien del hombre, remueve nuestra confianza con el pensamiento de acontecimientos monstruosos.

La ponderación justa de la importancia que tiene para el destino del hombre el problema de la formación profesional en el orden de la enseñanza técnica nos exige ponderar también en sus términos justos el alcance que tiene la tecnología en los momentos que vivimos.

Al efecto, hemos de partir del reconocimiento de un hecho no fácilmente observable: a raíz de la terminación de la Segunda Guerra Mundial, la humanidad se ha visto situada de golpe en un nuevo mundo humano de la ciencia y de la técnica, esto es, que asistimos, desde aproximadamente 1945, a una mutación radical de los términos en que había venido planteándose la relación ciencia-tecnología-vida social. Efectivamente, por más extenso que se considerase en el período anterior el volumen de recursos y comodidades solidarias del progreso científico que utilizaban nuestras sociedades, tal volumen no llegaba a saturar el universo humano. Se diría, empleando las palabras de D. Dubarle (), que nuestras sociedades perduraban en lo esencial como sociedades anteriores a la ciencia moderna, que eran las sociedades de la utilización técnica e industrial de la ciencia clásica, utilización que, no obstante la energía humana desplegada, se veía próxima aún de las acciones precientíficas.

A partir de 1945, en cambio, la ciencia comienza a condicionar esencialmente todo desarrollo material y la propia organización civilizada. No sólo la actividad industrial o la estructura de la vida económica, sino las formas básicas de las relaciones humanas, el

cuerpo entero de nuestras sociedades modernas y las modalidades de las relaciones societarias en lo internacional han dejado de reposar sobre sus antiguos fundamentos. No se requiere gran esfuerzo para ver la repercusión en lo social de los nuevos sectores de la tecnología asociados estrechamente a la manipulación científica contemporánea, la energía nuclear, la electrónica, el cálculo confiado a las máquinas, la astronáutica, la planificación económica y social, la investigación operacional, etc.

Ha sido en el campo de los asuntos humanos y precisamente en la necesidad imperiosa de “inventos” en lo social –nuevas formas, nuevas estructuras adecuadas a lo que el desarrollo tecnológico exige, donde más se ha hecho sensible la culminación del proceso en que la historia había venido trabajando. De ahí la sospecha de si el crecimiento social bajo el imperio de una ciencia y una técnica abandonadas espontáneamente a su propio desarrollo no será la coyuntura más propia para el triunfo definitivo de lo inhumano sobre lo humano. No es posible cerrar los ojos a las evidencias. Problemas como la guerra, la organización calculadora de la vida, la progresión demográfica, gritan muy claramente su enorme gravedad como para pretextar su ignorancia, y constituyen el más serio reto a la sensatez del hombre.

Es muy probable que nada de esto haya sucedido al acaso. Es precisamente en el toque del límite cuando se recupera la lucidez, y todo esto ha ocurrido cuando podemos entrever, a través de la ciencia y la tecnología contemporáneas, las posibilidades de una nueva edad dorada para el hombre. El encuentro de las civilizaciones unifica la historia y el destino, la tierra estrecha sus lazos, todas las naciones llegan ya a la expresión autónoma de su conciencia política, la preocupación por el desarrollo material y por la participación activa en el mundo de la ciencia se vive en todas partes. Pero, esto mismo agrava nuestra inquietud. ¿Logrará la humanidad actual que ese mundo en gestión que presentimos no se malogre?

Tal es la perspectiva sólo desde la cual es posible entender en su dimensión verdadera todo lo que comporta en nuestros días el problema de la formación profesional. Del acierto y oportunidad de la solución de éste, puede depender, en gran parte, el sentido afirmativo o negativo de la interrogación que dejamos abierta. Ello explica que la formación profesional haya venido siendo una de las preocupaciones básicas no sólo de las

universidades e institutos de enseñanza técnica superior, sino de todos los organismos sociales.

¿Bajo qué principios es preciso estructurar la formación profesional para que ésta se ajuste a las exigencias imperiosas de nuestro momento histórico?

La literatura académica de nuestro tiempo, que recoge las preocupaciones al respecto, coincide en señalar como propósitos esenciales que deben orientar la educación universitaria: 1. Proveer al estudiante de los fundamentos y del adiestramiento especializado de su profesión. 2. Conservar e interpretar el conocimiento acumulado en la historia y suscitar y hacer avanzar el saber. 3. Ensanchar y confortar la cultura general de la persona para que ésta, dueña de sí misma y consciente de sus deberes y obligaciones, pueda tomar su sitio propio, en cualquier aspecto de la vida, entre hombres y mujeres educados. En pocas palabras, enseñanza profesional propiamente dicha, interpretación e investigación del saber, educación integral humana. Propósitos tan indisolublemente unidos que la desatención de cualquiera de ellos destruye el espíritu y la sustancia del todo.

Esenciales los tres, la educación integral humana condiciona la actitud que el profesionista asuma con respecto a sus tareas profesionales y su responsabilidad en el crecimiento del saber.

Un análisis somero de la historia inmediata de las instituciones de enseñanza técnica superior en el mundo –incluidas en ellas las universidades–, nos haría ver que, en mayor o menor medida, con más o menos acierto –tomados en cuenta niveles de progreso tecnológico y de situación económica–, la educación profesional estaba estructurada sólo en función de los primeros propósitos. La educación integral humana, o se daba por supuesta, o no parecía de la incumbencia de las instituciones superiores. Hay, desde luego, factores que explican el fenómeno, el impacto de las doctrinas positivista y pragmatista, los mirajes del poderío económico y político, las exigencias de profundización y especialización, la velocidad de las invenciones y descubrimientos, las urgencias perentorias de la realidad social, la actitud general ante los fines e ideales de la vida. Todo venía a conspirar para una concentración exclusivista de la educación en torno del aprendizaje de ciencias y de

técnicas cada vez más particularizadas, olvidando la inspiración universal de la enseñanza y la unidad comprensiva del conocimiento.

Es verdad que desde las décadas primeras de nuestro siglo, Max Scheler trazaba, contra el positivismo, la jerarquía y la relación de los saberes, desde el saber técnico hasta el saber de salvación, y que Henri Bergson, con admirable clarividencia, hablaba de la necesidad para una civilización tecnificada como la nuestra de un “suplemento del alma”, haciendo ve que “hoy, más que nunca, la mecánica llama la mística”. Los peligros de una tecnocracia fueron señalados con precisión, antes de la revolución de 1945, y las urgencias de radicales reformas en la enseñanza profesional llegaron a ser clamor.

Pero, comprometida en la misma problemática de nuestro mundo, desbordados sus cuadros tradicionales de organización, desintegrada en su interna unidad, la universidad veía, impotente, traicionada su misión.

A partir de 1945, un proceso cada vez más vigoroso de conversión se ha venido operando en los centros superiores de enseñanza. La lección de la Segunda Guerra Mundial fue en esto decisiva, frente al riesgo inminente de la victoria de la barbarie totalitarista, como lo ha sido la fricción entre el comunismo soviético y la democracia occidental, como lo está siendo, según hemos visto, el análisis de las posibilidades humanas y los peligros de lo inhumano en este momento crucial de la historia de la Tierra.

La atención puesta a la formación integral humana, como propósito fundamental de la educación profesional, constituye ya ciertamente un brillante capítulo en la historia de la reconquista espiritual del hombre. Los pasos dados en este sentido no han sido fáciles, ha habido tantas resistencias que vencer, tantos hábitos arraigados que quebrantar, tantas convicciones nuevas que engendrar. Ejemplo de ello ha sido la prudencia en las reformas de los currículos para el equilibrio y concordia en ellos de los propósitos esenciales y la vigilancia constante en atender todos aquellos aspectos –diálogo inter facultades, convivencia de los estudiantes, eventos culturales extraescolares, actividades deportivas, en una palabra, ambiente físico y moral- necesarios como complemento esencial de la formación humana.

A pesar de la limitación de estos pasos, se puede presentir ya el momento del cambio radical de las estructuras. Una filosofía de la educación –que es, en definitiva, una filosofía del hombre y de la cultura- comienza a imponerse a la conciencia contemporánea con fuerza ineluctable. Sabemos, conforme a esta filosofía, que la persona humana es lo primero; que la verdadera tecnología lleva, como todas las energías verdaderamente humanas, la voluntad de justicia y la esperanza en el amor fraternal, que debe, por ello, trascender el círculo estrecho de una visión instrumentalista y pragmática, subordinándose a las exigencias de la perfección personal y comunitaria. Comprendemos que ahora, más que siempre, y justamente porque para sus grandes realizaciones el hombre necesita la especialización, es forzoso engendrarlo en su verdad: despertarlo a la conciencia del valor exacto y de la legítima extensión de sus propias actividades entre otras actividades del espíritu, abrirlo a la convicción de que todos los grandes fenómenos humanos son comunes y solidarios, porque un mismo espíritu alienta la acción creadora de la humanidad para que en ella se cumpla el ascenso a la verdadera libertad; y ejercitarlo en la libertad, despertarlo a la conciencia de su corresponsabilidad social; de sus derechos y obligaciones en el campo cada vez más complejo de las relaciones humanas, atendiendo a la formación de su juicio recto sobre los fines de la vida. Atender a la encarnación de estos principios en el profesionista de mañana es ciertamente uno de los empeños más importantes de las instituciones de enseñanza superior. Empeño importante y, tal vez, su más hermosa tarea, hacer, por la virtud de esta encarnación, que la nueva Tierra que nos ofrece el desarrollo científico y tecnológico proclame el triunfo definitivo de lo humano.

Ciertamente, en países en proceso de desarrollo, como el nuestro, varía el sentido, la extensión y la profundidad del problema. Nuestra situación es muy distinta a la de los países en plenitud de desarrollo.

Nuestra realidad política, económica y social está llena de carencias lacerantes y es un imperativo moral para nosotros atender a su solución. Este mismo proceso de desarrollo da un perfil específico a nuestros problemas. La incorporación activa al campo de la ciencia y de la tecnología industrial nos exige perentoriamente multiplicar los campos de estudio, habilitar con el instrumental adecuado nuestros laboratorios y talleres, intensificar la preparación de nuestros estudiantes, suscitar y alimentar las vacaciones a la investigación.

Sabemos que todo esto es necesario para salvaguardar nuestra libertad y condicionar nuestra participación en un mundo cuya historia se unifica; pero aquí también nuestro problema es de concordia y armonía. Saber hacer que nuestros progresos reviertan en beneficio de nuestra sociedad, asegurar por la disposición espiritual de nuestros hombres, sobre todo de los llamados a constituirse en guías de nuestro país, que el ritmo de nuestro desarrollo material se cristalice en una vida institucional y amplíe en nuestro medio las posibilidades de bienestar y de crecimiento espiritual. Nuestro peligro, por ello, es no saber aprovechar los consejos de la propia experiencia humana, y, seducidos o extraviados por los mirajes de un progreso sin guía espiritual, hacer de nuestro país no un miembro activo en el concierto del mundo de mañana, sino un pueblo muerto a libertad, regulado por las exigencias de ese mismo mundo que se anuncia.

Esta es también la hermosa tarea y la responsabilidad de nuestras instituciones de enseñanza superior.

He dejado para lo último una aclaración que tal vez debería haber expuesto en el principio de esta ponencia. Desde que me fue encomendada vi la dificultad de que ella trajese recomendaciones o pautas de trabajo a esta Convención. Vocacionalmente entregado a la enseñanza humanística universitaria, desconozco los pormenores del mundo de la empresa mexicana. ¿Qué otra cosa podía hacer sino intentar comunicar mis preocupaciones y mis esperanzas en el problema que nos ha ocupado?

Una sola cosa veo con claridad: que los esfuerzos por llevar a una renovación actualizada de la enseñanza profesional por parte de nuestras instituciones superiores corre el riesgo de fracasar si los organismos sociales no las acompañan en la tarea, o si no comprenden que la formación profesional, que conlleva en la dignidad de la misma el respeto de la verdad y la libertad, es para ejercitarse; es decir, si no comprenden que el mundo para el que se prepara el profesionista, tan lleno ya de obstáculos y dificultades, es un mundo en el que, lejos de ser heroico el ejercicio del respeto a la verdad y a la libertad es precisamente aquel en que tal ejercicio ha de darse como su expresión más espontánea y natural.

Lic. Alfonso Rubio y Rubio

() D. Dubarle. La evolución de la ciencia y de la técnica, en Revista de Occidente Nos. 8 y 9 Año I 2.a ép.